

## DISCURSOS FUNERAL JAIME GUZMÁN, 4 ABRIL DE 1991

### JUAN DE DIOS VIAL

---

Hablo en nombre de la Universidad Católica de Chile, la casa que recibió a Jaime Guzmán en su primera juventud y en la que él sirvió literalmente hasta el último minuto de su vida.

Por lo mismo, porque hablo en nombre de una institución de educación, me dirijo especialmente a los jóvenes, a ustedes que se sienten sacudidos de dolor e indignación, y me dirijo también a toda la gente sencilla que halló en él un maestro, un guía y un amigo, a todos los que aprendieron algo de él y que están hoy día estremecidos haciéndose la pregunta del desconcierto y la impotencia: ¿qué sentido tiene este horror, qué sentido tiene esta injusticia?

Yo creo sin embargo, que hay una respuesta. La respuesta es que Jaime murió para dejarnos un legado. Lo que él enseñó está hoy confiado a nuestras manos.

Quiero pedirles que aquí, ante la urna que guarda sus restos, ante el misterio de la muerte, miremos un momento esa herencia, el mensaje que deja Jaime Guzmán y que lo deja para todos, no sólo para los que compartieron sus ideas, si no para todos los hombres de buena voluntad.

Ustedes lo vieron y lo oyeron muchas veces. Un hombre brillante, sin ninguna vanidad. Un hombre hábil, pero lleno de bondad. Un hombre que tuvo poder y no conoció la prepotencia. Combativo, pero delicadamente respetuoso de su prójimo. Inflexible en sus ideas, pero anheloso de perfeccionarlas. Alegre y jovial, aunque se sabía seguido hace muchos años en forma tenebrosa por la muerte. Cargado de ocupaciones, pero siempre con un minuto disponible para ayudar a otro. ¿Cuántos hay aquí que podrían dar testimonio de esto?

Ese es el hombre al que lloramos.

¿Pero cómo se las arreglaba para ser así? Acuérdense para entenderlo de que nunca se dejó arrastrar por las pasiones, de que les imponía un freno constante, el freno de la razón. Y que buscaba así ardientemente, en cada coyuntura, la verdad y la justicia.

Por eso pudo vivir como vivió, austero y sencillo, dejando de lado todo lo superfluo. Por eso, en vida tan breve, pudo hacer tantas cosas.

Dicho en una sola palabra, se hizo capaz de entregarse por entero.

¿Y de dónde le venía el vigor para esa entrega? Le venía de su fe en Jesucristo, el Señor, que fue su refugio y su fuerza.

La mano asesina que lo hirió, escribió sin quererlo con la sangre de Jaime, su mejor elogio: este hombre vivió para entregarse hasta el extremo, por su patria, por su pueblo, por su fe.

Pero entonces su herencia nos exige algo a nosotros, a todos nosotros, independientemente de nuestras ideologías, de nuestras posiciones, de nuestras edades. Les exige algo a todos los jóvenes, a todos los hombres de buena voluntad, a los gobernados y a los gobernantes.

Nos pide a todos que seamos en cierta forma como él, entregados al servicio, fieles buscadores de la verdad; que no nos dejemos arrastrar por las pasiones, por los resentimientos, por el odio o la venganza; les pide a todos que sean fieles hasta el fin a sus convicciones y acogedores hasta el extremo hacia su prójimo.

Nosotros, el pueblo, todos los chilenos, podemos y debemos poner la cuota de fidelidad que es necesaria para construir una patria en armonía. Pero hay algunos a quienes se les pide algo más.

Porque así como la herencia de Jaime le dice algo a todo el pueblo, les dice también algo a sus representantes, a quienes legislan y a quienes nos gobiernan, y se los dice muy claro: “aquí quedó un hombre que no temió a la muerte, que no temió a la impopularidad, porque quería entregarse por la patria”.

Les dice a ustedes, a los que nos gobiernan, que todos los hombres pacíficos y laboriosos de esta tierra, esperan de ustedes firmeza y conducción; esperan que atajen la peste del terrorismo, que no le teman a sus armas y que mucho menos le teman a la impopularidad. Nadie puede pedirles que tengan las mismas ideas que tuvo Jaime Guzmán, pero ¡todos esperan que ustedes tengan el mismo coraje que él!

Antes de terminar, permítanme una evocación muy personal que no podría callar en este momento solemne, puesto ante los restos de un amigo a quien conocí desde los días de su infancia y a quien quise como se quiere a un hermano.

Son algunas de las últimas palabras que escuché de su boca, hace unas pocas semanas en una larga y amable velada de las que solíamos tener y que me eran tan gratas porque Jaime Guzmán hablaba de Dios.

Allí me recordaba, puesto el pensamiento en la vida eterna, las palabras de San Pablo a sus discípulos, que sonaba como la razón de ser de la existencia de Jaime y como su propio programa de vida, donde dice el apóstol: “Porque se ha manifestado la gracia de Dios, enseñándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo con la bienaventurada esperanza de la venida del gran Dios...”.

Eso es lo que Jaime quería para sí. Eso es lo que quería para ustedes, lo que quería para todos nosotros.

Si recogemos ese legado de fe y de esperanza, de racionalidad y de respeto, de señorío sobre las pasiones y sobre los impulsos ciegos, entonces un día, cuando se hayan secado nuestras lágrimas y se haya aliviado esta congoja que nos aprieta el corazón, veremos que hemos ayudado a hacer florecer una sociedad mejor entre nosotros y sabremos que no murió en vano Jaime Guzmán.

FIG | Fundación Jaime Guzmán